



Rector

José Antonio González Treviño

Secretario General

Jesús Áncer Rodríguez

Secretario de Extensión y Cultura

Rogelio Villarreal Elizondo

Centro de Estudios Humanísticos

Alfonso Rangel Guerra

Anuario *Humanitas* es una publicación trimestral de humanidades editada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Certificado de Licitud de Título y Contenido número 04-2007-070213552900-102. Oficina: Edificio de la Biblioteca Universitaria "Raúl Rangel Frías", avenida Alfonso Reyes 4000 Nte. Primer piso, C.P. 64440, Monterrey, N. L. México. Teléfono y fax (81) 83 29 40 66. Domicilio electrónico: cesthuma@mail.uanl.mx. Apartado postal No. 138, Suc. F. Cd. Universitaria, San Nicolás de los Garza, N. L. México. Redacción y corrección de estilo: Francisco Ruiz Solís. Portada, diseño y formación: Yolanda N. Pérez Juárez.

HUMANITAS ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA UNI-
VERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Director Fundador

Dr. Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Lic. Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la Sección de Filosofía

M. A. Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Letras

Dra. Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la Sección de Ciencias Sociales

Lic. Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la Sección de Historia

Profr. Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2008

FILOSOFÍA

EL FIN DE LA FILOSOFÍA, SEGÚN EL PENSAMIENTO DE ORTEGA Y GASSET

Alfonso Rangel Guerra
Director del Centro de Estudios Humanísticos
Universidad Autónoma de Nuevo León

Terminaba la Segunda Guerra Mundial cuando empezó a significarse, con mayor acentuación, el movimiento conocido en filosofía como el existencialismo. No era, propiamente, un surgimiento inusitado, o inesperado en el pensamiento filosófico del medio siglo pasado, pues la corriente existencialista tenía ya tiempo de estar presente en el escenario intelectual europeo y sus máximos representantes en las diversas tendencias tenían reconocimiento indiscutible en el ámbito universitario e intelectual de aquel momento.

Si bien la circunstancia humana de entreguerras era ya suficientemente angustiada para impulsar esta visión existencial del hombre, en un intento esclarecedor de la confusión vital imperante en los diversos órdenes de la vida humana, el término de la contienda bélica propició la reflexión y el análisis ante la visión estremecedora de las ruinas todavía humeantes de las ciudades destruidas, en una Europa que se contemplaba caduca, no obstante el indudable vigor de sus manifestaciones culturales de los años anteriores, más la revelación y el testimonio de la verdad mostrada en los campos de

exterminio y en las frías estadísticas mostrando los millones de muertos, víctimas de la insania y la locura colectivas que dominaron el escenario europeo y asiático. Todo esto condujo a una valoración oscura y estrujante de la misma condición humana, carente de sentido y de significación trascendental.

Como nunca antes, las ideas que mostraban este cuadro de la vida humana en el suceder de la existencia, como límite de los valores sustentadores del sentido superior de lo humano, más la poesía, la novela y el teatro de ese medio siglo y aun desde antes, demostraban igualmente la visión existencial de la vida humana en la condición desprovista de significado e incapaz de ser transportadora de otros valores y otras posibilidades de superación o salvación.

Tres años antes de iniciarse la Segunda Guerra Mundial, en 1936, comenzó la guerra civil española, que se extendió por tres años hasta 1939. Julián Marías, discípulo de José Ortega y Gasset, quedó atrapado en Madrid y padeció la sujeción a los grupos republicanos de extrema izquierda que se mantenían en la capital de España, por su condición de pensador católico; y al terminar la guerra civil, igualmente le afectó durante el franquismo su actitud republicana. En una reciente entrevista a su hijo, el novelista Javier Marías, María Luisa Blanco afirmó que:

La familia pasó por problemas económicos -su padre estuvo en la cárcel por la denuncia de un amigo- y de resultas tuvo prohibido el acceso a la universidad como profesor, así como escribir en los periódicos hasta finales de los años cincuenta.¹

En estas condiciones, Javier Marías se puso a escribir una historia de la filosofía, que se publicó el año de 1941. Dos años más tarde, en 1943, se preparaba la segunda edición y Marías invitó a su maestro, José Ortega y Gasset, a escribir el epílogo a su obra. Esta historia de la filosofía concluía con un capítulo final en el que se

¹ María Luisa Blanco, "Javier Marías, todas las voces", *Babelia*, Suplemento de *El País*, Madrid, 20 de septiembre de 2007, p. 2.

ocupaba de los filósofos de la primera mitad del siglo veinte, Max Scheler y Nicolai Hartmann. En ese año de 1943 Ortega y Gasset se trasladó a Lisboa, donde empezó a escribir el epílogo solicitado, y un año después, el 10 de enero de 1944, dirigió a su ex alumno una carta para decirle:

Esas grandes cosas sobre la etimología y sobre muchos otros gruesos temas verá usted en su Epílogo. En él estoy metido desde hace meses. Es hoy todo tan problemático, hay tantas interferencias que interrumpen la labor, que no me atrevo a ahuecar la voz con grandes promesas. Pero sepa usted que sigo hasta el colodrillo metido en su epílogo.

Poco después le reiteró que seguía trabajando en lo mismo y en junio le informó que el epílogo se iba a convertir en un volumen de 400 páginas. A finales de 1944, Ortega seguía en Lisboa y en diciembre inició un curso en el que -dijo a Marías en otra carta- algo de lo que hacía podría utilizarse en el citado curso, esperando que pronto estuvieran finalmente redactadas sus 700 páginas.²

No deja de sorprender cómo pudo transformarse un epílogo a un libro sobre la historia de la filosofía, en un texto de 700 páginas. La respuesta es que el multicitado epílogo dejó de ser un breve conjunto de páginas con las que culminaría el también tantas veces citado libro, para convertirse nada menos que en un estudio sobre el epílogo de la filosofía misma, después de sus 26 siglos de existencia.

Esta radical conversión resultó, evidentemente, de la lectura del libro de Julián Marías, el cual no quedó desprovisto de su propio Epílogo, que se incluyó finalmente con el texto del primer capítulo del libro, titulado *Origen y epílogo de la filosofía*, publicado en México el año de 1960. Basta ver las primeras palabras de este texto para desprender de ellas la visión de conjunto que surgió en la mente de

² Toda esta información en la "Nota preliminar" firmada por "Los compiladores en el libro de José Ortega y Gasset, *Origen y epílogo de la filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 9-10.

Ortega y que suscitó un libro completo, más parte de otro, pues como lo anunciaba en sus cartas a Marías, se calculaba un total de 700 páginas que en parte se utilizarían en el curso de Lisboa, cuyo título fue precisamente *La razón histórica*. Las primeras palabras de Ortega y Gasset son clave para entender el porqué este Epílogo al libro de Julián Marías se convirtió en el epílogo de toda la filosofía occidental: "¿Y ahora qué más?" Leyendo el libro de Marías, Ortega debió tener una visión de conjunto de la historia de la filosofía y se planteó la pregunta crucial: ¿Qué sigue?, es decir, ¿cuál es la continuación de este pensar filosófico de 26 siglos? Líneas adelante establece muy claramente: "el *epilogoí* es lo que viene cuando se han acabado los *logoi*, en este caso, las doctrinas o 'decires' filosóficos."³ Esto queda muy claro para Ortega y por consiguiente está seguro de lo que hay que hacer, o decir, que para el caso es lo mismo. Y lo que hay que decir no es algo que corresponda al pasado, pues eso ya está dicho y no podemos quedarnos en el pasado. Pero además, Ortega afirma que no hay sistema filosófico entre los formulados que nos parezca suficientemente verdad.⁴ Insatisfechos con el pasado filosófico, debemos preguntarnos por la filosofía por venir. Y como todo es presencia de pensamiento, puesto que uno da pie a otro, esta serie de pensamientos es una serie de pensamientos dialécticos, pues el hombre está condenado a seguir pensando, percatándose de lo pensado, como algo que no ha sido completo.

En esta secuencia del pensar, Ortega concluye que son cuatro los pensamientos que pueden considerarse sobre el pasado filosófico. El primer pensamiento establece que la historia de la filosofía ofrece un mundo muerto, pleno de errores. El segundo pensamiento es diferente del primero, ya que establece que el pasado filosófico no contiene puros errores, sino que posee un "tesoro de errores", es decir, cada filosofía aprovecha los errores de la anterior para no repetirlos. Si pasamos al tercer pensamiento, veremos que

³ *Op. cit.* p. 13.

⁴ *Op. cit.* p. 14.

consiste en establecer que cada filosofía del pasado contiene una parte de verdad y precisamente la tarea consiste en unir todos los pedazos, que son los pensamientos filosóficos, para, finalmente unidos, tener o alcanzar la verdad completa. Por último, el cuarto pensamiento propone que la filosofía es como una visión que cada vez se monta sobre el pensamiento anterior. Así, puede usarse el símil del camino: se va haciendo y al mismo tiempo se va enrollando sobre el pensamiento anterior y se va cargando, como un equipaje, pues -afirma Ortega- "el hombre es el único ente que está hecho de pasado, que consiste en pasado."⁵ El hombre conserva el pasado, hace que siga siendo. El hombre, concluye Ortega, se asemeja un poco a Dios, pues tiene en el presente el pasado, es "uno de los caracteres de lo eterno."⁶ Aunque, finalmente, el hombre no posee el futuro.

Pero regresando al pasado filosófico, señala Ortega que propiamente es indiferente al pasado filosófico calificarlo como puros errores o puras verdades, porque tiene por igual de unos y otras, lo que implica que ambos juicios son parciales; consecuentemente, lo que procede es integrarlos, pero al mismo tiempo tomar en cuenta que no se puede permanecer en una verdad parcial, lo que de alguna manera significa que no se puede permanecer y estar en el error, y es necesario continuar la búsqueda de la verdad. En este punto Ortega interrumpe la serie dialéctica porque estima que lo establecido es suficiente para avanzar en su investigación. Esta interrupción tiene que ver con la condición en que vemos el pasado filosófico, que es inevitablemente parcial, como ocurre con cualquier cosa a la que volvemos para conocerla mejor. Da varios ejemplos para corroborar esta afirmación, el último de los cuales es una naranja. Por su condición esférica, nunca podemos verla toda en una sola mirada, pues siempre. Concluye Ortega que estamos condenados a ver parcialmente la cosa.

⁵ *Op. cit.* p. 30.

⁶ *Ibidem.*

Si cupiese integrar los incontables 'aspectos' de una cosa, la tendríamos a ella misma, porque la cosa es la 'cosa entera'. Como eso es imposible, tenemos que contentarnos con tener de ella sólo 'aspectos' y no la cosa misma...⁷

Y así como tuvimos que hacer con la naranja, movernos a su alrededor para poder verla en su conjunto, así vimos uno después de otro los cuatro pensamientos expuestos, en torno al pasado filosófico.

Por otra parte, sabemos que en la historia de la filosofía son muchas las que aparecen buscando la verdad, desde posiciones distintas, como puede ser si estando ubicados en la arista de una pirámide, cambiamos de posición y consecuentemente ahora tenemos otra visión, diferente de la anterior. Pero aunque sean varias las visiones, como ocurre en el caso de la historia de la filosofía, se trata de la misma filosofía, es decir, todas las filosofías son *la* filosofía. Esta *mismidad*, como la llama Ortega, es lo que lo lleva a la búsqueda de la palabra original con la que se denominó la filosofía, que no fue precisamente ésta. Ortega dice que fue *alétheia*, cuyo significado es: averiguación. No es posible seguir a nuestro autor en su exposición de cómo esta denominación paso a ser *filosofía*. Esto era un problema de denominación, no de cambio de sentido o actividad de lo que sea *filosofía*: la búsqueda de la verdad sobre la significación de la vida, pues son muchos y variados los "saberes de los hombres.

El contenido de este saber sobre la estructura de la vida humana y sobre sus vicisitudes se llamó 'sapiencia' y es lo que encontramos en la 'literatura sapiencial'. De aquí que la vieja palabra *sofós* cobrase se pronto un sentido más preciso al calificar a los Siete Sabios, que fueron todos hombres de estado.⁸

Pero esta nueva actividad que se llamó *filosofía*, es obra humana y por consiguiente es de naturaleza histórica, lo que significa inevi-

⁷ *Op. cit.* p. 41.

⁸ *Op. cit.* p. 120.

tablemente que tiene nacimiento en un cierto momento y en otro momento su extinción o desaparición.

En el libro que comentamos, titulado precisamente *Origen y epílogo de la filosofía*, Ortega no ofrece, en ese estilo tan peculiar de él, de desenvolver paso a paso el avance de su pensamiento, de modo que la conclusión, precedida de toda una larga explicación donde se analizan todos los aspectos relacionados con el pensamiento que se va a exponer al final -desenvolvimiento racional que en ocasiones puede extenderse a lo largo de muchas páginas- en este libro no dedica dicho procedimiento a preparar la exposición de la idea central del fin de la filosofía, pues si bien según su título, el libro va a ocuparse de exponer lo correspondiente al epílogo de la filosofía, en sus páginas no aparece. Sí lo hace respecto al origen de la filosofía y sólo las reflexiones sobre el porqué de su nombre ocupan varias páginas y quizá de toda esta exposición podría extraerse alguna idea que conduzca a la explicación del citado epílogo. Pero este libro no contiene expresamente el cómo y el porqué del epílogo de la filosofía.

Lo que sí contiene, y esto lo hace como parte de la exposición del tercero de los cuatro pensamientos que en la secuencia dialectal derivan de la reflexión sobre el pasado filosófico, es una referencia a la última filosofía vigente que tuvo el hombre occidental, y esto, dice Ortega y Gasset, ocurrió con el positivismo, pues

Desde entonces, sólo este o aquel hombre, este o aquel mínimo grupo social tienen filosofía. Lo cierto es que desde 1880 la filosofía va dejando progresivamente de ser un componente de la cultura general y, por lo tanto, un factor histórico *presente*.⁹

Esto no es propiamente el epílogo de la filosofía, o cuando mucho, apenas su inicio.

Podría pensarse que el filósofo José Ortega y Gasset no quiso referirse directamente al problema del fin de la filosofía, quizá como

⁹ *Op. Cit.* pp. 24, 25.

una resistencia a expresar claramente tal extinción. Pero nos equivocáramos si eso pensamos, pues en otro texto, que pasó a formar parte del volumen XII y último de sus *Obras completas*, sí lo hizo. Es un texto que quizá formó parte de aquellas 700 páginas en que se había convertido su Epílogo a la historia de la filosofía de Julián Marías, y que comunicó a éste en carta, como ya vimos antes y que formó parte de su curso de Lisboa del año de 1944.

La afirmación del fin de la filosofía lo hizo Ortega y Gasset utilizando un símil que le iba a permitir expresar las circunstancias que podrían ocurrir si quienes, participando en este complejo fenómeno de la visión y testimonio de la filosofía en la manifestación de sus últimas voces, hubieran tenido o tuvieran, en relación con la filosofía, el conocimiento del singular proceso vital que se cumple en todo pensador que ha experimentado personalmente la vivencia de la filosofía.

Esto es lo que dice categóricamente el filósofo español, y podría añadirse, lo dice de manera esperanzadora:

La filosofía se murió hace mucho tiempo - su momia y su esqueleto, desde hace generaciones y generaciones, se enseña a las gentes en las cátedras de filosofía, de tal a tal hora. Lo que en esas cátedras se decía era más o menos ingenioso, precioso, ameno - pero no era nada que en última instancia nos importase. Aquello es algo que, si es filosofía, tiene por fuerza que suscitar en nosotros terror, entusiasmo, desazón, curiosidad, profunda delicia, exaltación. Eso es lo que se produce en nuestra vida en sus momentos culminantes, cuando el vivir se estira, se acrece y siendo vivir es más que vivir. La filosofía, si es algo de verdad, no por simple convención y ganas de hablar, si es algo no puede ser una gris y nula cosa que pasa en las cátedras sino algo que pasa en cada uno de nosotros, que es cada uno de nosotros.¹⁰

Realmente este texto nos sorprende por todo lo que implica en relación con la categórica afirmación inicial. Esta afirmación tan

¹⁰ José Ortega y Gasset, "Apéndice", "La momia de la filosofía", en *Obras completas*, XII. Madrid, Alianza Editorial, Revista de Occidente, 1ª, ed., 1983. p. 304.

radical fue colocada por los editores como Apéndice de la Lección IV, que se ocupa precisamente de la crisis en que se debate la época en que explicaba Ortega su curso en Lisboa. Una crisis derivada del desmoronamiento de las ideas y de la interpretación del mundo, después de la época de las luces, de la Ilustración. Producto de esa crisis era la condición en que se debatía la filosofía, o mejor dicho la situación radical de su extinción. Con todo, no deja de ser una afirmación estremecedora por lo que conlleva. La filosofía -dice- está muerta y sin embargo desde hace varias generaciones sigue enseñándose en las escuelas. No lo dice, pero en la exposición que sigue, Ortega establece la posibilidad de que pueda presentarse una sorprendente situación: que alguien, algún día, no exponga aquello que puede ser cualquier cosa, algo que pueda ser ingenioso, o precioso y aun ameno, pero de ninguna manera, algo que no va con nosotros. Algo que no va con nosotros es algo que no nos corresponde, que no tiene, intrínsecamente, relación con nosotros. Esto, se entiende en la exposición de Ortega, es lo que ocurre si en la cátedra, si en ella se exhibe la momia de la filosofía, algo ya muerto. Pero -y aquí surge la excepción- si el que la expone se ocupa propiamente de la filosofía, esto es, si lo que se dice en la cátedra es de verdad filosofía, entonces será algo que nos produzca varios sorprendentes efectos. Seis señala Ortega: terror, entusiasmo, desazón, curiosidad, profunda delicia, exaltación. Todo esto produce la filosofía y dice: "Esto es lo que se produce en nuestra vida en sus momentos culminantes, cuando el vivir se estira, se acrece y siendo vivir es más que vivir." Podría pensarse que lo que dice Ortega proviene de su personal experiencia con la filosofía, lo cual no sería extraño, pero sorprende la conjunción de estos seis efectos prodigiosos que la filosofía pone en movimiento en el vivir de cada uno de los que tienen contacto con la verdadera filosofía, pues claramente afirma que si lo que se escucha es en verdad filosofía, es "algo que pasa en cada uno de nosotros, que es cada uno de nosotros." La filosofía es algo que esencialmente tiene que ver con cada uno de nosotros.

Así pues, no se descarta la posibilidad de que alguien pueda presentar y exponer algo que sí sea filosofía. Lo que ocurriría entonces sería verdaderamente sorprendente. Y aquí será necesario citar nuevamente el texto de Ortega y Gasset, aun a sabiendas de que es algo extenso, pero la importancia de esta conclusión nos obliga a recogerla íntegra:

Pero si alguien es hoy capaz de filosofando, de filosofar en ese único auténtico sentido, esto es, dicho concretamente, sin ocultación, sin atenuamiento, si es capaz de filosofando con el mayor rigor hacer llorar, y hacer reír y hacer estremecerse a los oyentes, no por capricho, no por artificio, pura y simple, y rigurosa y exclusivamente filosofando ¿qué se diría de él? ¿qué cara pondrían las gentes? ¿Qué extrañeza no sentirían y qué espanto y qué risa, viendo de pronto, la momia, el ridículo esqueleto que se enseñaba en las cátedras y que ‘no iba con nosotros’ comenzaba a moverse de verdad y a ver y hacer ver y a decir, decires terribles, decires dramáticos, decires joviales que se apoderaban de nosotros, que nos poseían como posee a cada cual su propia y personal vida, por tanto que casi desde el primer instante entraba en nosotros con violencia a la vez dolorosa y deliciosa y se quedaba ahí, dentro de nosotros, para siempre -es decir, que cada día la filosofía, al concluir la lección, no se quedaba en la cátedra, como un ave disecada en el museo de historia natural, sino que ‘iba con nosotros’.¹¹

Este segundo y último párrafo del Apéndice dedicado a ocuparse de la muerte de la filosofía, no es menos exaltado que el anterior y vuelve a la posibilidad de que pueda existir alguien capaz de filosofar en el sentido ya mencionado, y que con ello pudiera hacer llorar, y hacer reír, y estremecerse a quienes lo escuchasen. Y entonces Ortega se hace la pregunta por aquello que sentirían al oírlo. Esta pregunta la hace para poder referirse justamente a lo que quiere decir: el espanto y la risa que produciría en los oyentes el ver moverse a aquella momia, el ver a una momia en movimiento que haría ver, y decir aquellos decires sorprendentes que tomarían po-

¹¹ *Op. Cit.* pp. 304-305.

sesión de aquellos oyentes, quedándose "en nosotros", y Ortega trasmuta a aquellos oyentes y los convierte en "nosotros", para entonces afirmar que esa extraordinaria filosofía, "al concluir la lección, no se quedaba en la cátedra, como un ave disecada en el museo de historia natural, sino que iba con nosotros." Aquí concluye el texto pues ya dijo justamente lo que quería decir: que cuando se escucha filosofar, verdaderamente filosofar, entonces la filosofía va con nosotros y ya es parte de nuestra vida. En verdad, este texto puede sobrecogernos de tal modo, que nos lleve a entender que el decir de los filósofos es de tal peso y hondura que una vez oído y comprendido, no podemos abandonarlo y vivir sin él.

Esto lo escribió Ortega y Gasset en 1944 y, según su decir, el acontecimiento de lo sucedido a la filosofía habría ocurrido hacía varias generaciones. Recordemos que en ese año estaban vivos, y filosofando, numerosos filósofos, la mayoría de ellos alemanes y de muy alto nivel, pero no eran los únicos: estaban Max Scheller (recientemente fallecido), y Nicolai Hartmann, y Ernst Cassirer, y Martin Heidegger, y Jean Paul Sastre, y Romano Guardini y tantos más que sería largo enumerar; más el mismo Ortega y Gasset, que nueve años antes impartió en la Universidad de Madrid, el curso de 1935-1936 que ahora se publica con el título: *Unas lecciones de metafísica*, lo que nos enfrenta a esta inevitable contradicción. ¿Cómo explicar esto? La crisis de que se ocupó Ortega en el capítulo (o lección anterior), es propiamente un fenómeno que desmoronó las manifestaciones que daban sentido al mundo del hombre. Sin embargo, siguieron produciéndose en el suceder temporal y, de alguna manera, caracterizaron efectivamente los diversos productos de la cultura y quizá el existencialismo sea también uno de los testimonios de esta situación crítica en la vida del hombre. Pero el pensamiento filosófico ha continuado haciéndose presente, y quizá la tarea actual consista precisamente en encontrar en este pensamiento, o este cúmulo de pensamientos, si lo verdaderamente filosófico es propio de ellos o están carentes de tan esencial condición.

En todo caso, esta imagen del pensamiento filosófico que no nos abandona, puesto que no queda olvidado en la cátedra sino que sale de ella con nosotros y nos acompaña por la vida, no deja de revelarse, en la prosa del propio Ortega y Gasset, como un reflejo de la visión tan personal que tuvo el filósofo español de su propio quehacer filosófico, pues él mismo experimentó esa reacción en el público asistente a sus lecciones. Eso también explicaría su alejamiento de las aulas universitarias, si bien y con todos los problemas que debió padecer en la época del franquismo, esta situación lo explicaría.

En el siglo XVIII aparece el llamado "Siglo de las Luces", época también llamada del "Iluminismo". ¿Por qué este nombre? Porque en él se habían alcanzado a ver las características en que se cumple la condición humana. Esta visión tenía relación con todas las expresiones superiores del hombre en su transitar por el mundo: la historia, las artes, las ciencias, la lógica y por supuesto la filosofía. Ver el camino del hombre significaba que se conoce la existencia de ese camino, se identifica de dónde viene y hacia donde conduce. Esta época, aunque se denominó el "Siglo de las luces", comprende en el tiempo más de un siglo, pues se inicia en la centuria del XVIII, comprende el siglo siguiente y culmina, puede decirse, hacia el año de 1900, es decir, en los albores del siglo veinte. ¿Pero qué ocurrió en el final de aquella época? La iluminación, la luz que alumbraba todo el acontecer del mundo, se extinguió y todo quedó envuelto en las tinieblas.

Al afirmar que se apaga la luz, se está usando una metáfora,¹² y continuándola, podría decirse que se apagó la luz del entendimiento. ¿Qué significa esto? Que no hay respuestas que nos digan qué es esto que ocurre. Continuando la metáfora, se dice entonces que

¹²Como es también metáfora la denominación "Siglo de las luces", e "Iluminismo", donde se utiliza el sentido de la vista para expresar que todo puede verse porque está iluminado. Si no hay luz, es decir, si no hay conocimiento, entonces nada puede verse, no se sabe nada.

estamos en tinieblas, no sabemos qué ocurre. En consecuencia, la falta de respuestas es resultado de esa oscuridad en que está envuelto el hombre en el siglo veinte. Por eso se afirma, utilizando otra metáfora, que se ha derrumbado aquello que constituía el saber humano: la lógica, la física, la matemática, la historia, las artes, la filosofía, y sólo quedan de todo esto, fragmentos o partes. La visión de conjunto que permitía identificar en dónde estaba situado el hombre. Estos fragmentos, estas partes incompletas del conocimiento y del significado del hacer humano, es lo que caracteriza a nuestro tiempo. Y surge entonces la inevitable pregunta. ¿Por qué ocurrió esto? Para responderla, Ortega y Gasset recuerda que algo semejante sucedió en el siglo XVII, según la constancia de la historia de la filosofía y concretamente se fija el año de 1635, cuando Rene Descartes escribe su *Discurso del método*. Para defenderse Ortega de la posible acusación de que él utiliza metáforas y fantasmagorías para referirse a un asunto tan serio, nos dice que también Rene Descartes dijo entonces lo mismo que él ha dicho ahora en su curso. Y lo que dijo Descartes en su libro fue: "Pero como un hombre que avanza solo en las tinieblas..." Y esto que escribió Descartes era para explicar cómo aquella situación en que se encontraba en aquel año, era idéntica a la nuestra. Y en medio de esa oscuridad, él llegó a la certeza por el camino de la duda, pues habiendo dudado de todo, llegó a la conclusión de que lo único de que no podía dudar, era de su pensamiento que ponía todo en duda, lo que lo llevó a afirmar la certeza de su existencia: pienso, luego existo.

Pero volvamos a aquello que expone Ortega en el desarrollo de su curso, sobre el derrumbamiento de nuestra visión de la vida y el mundo. Pero debemos regresarnos a la Lección III, para encontrar que el filósofo español dice que la crisis en la que nos encontramos es la crisis de la razón y de la inteligencia. Es poco usual que Ortega use el texto de otro para explicar o fundamentar sus tesis, pero ante esta idea de la crisis utiliza el pensamiento de Edmund Husserl

y cita un fragmento de él, donde afirma que la situación de las ciencias exige reflexiones radicales:

La situación actual de las ciencias europeas obliga a reflexiones radicales. Acontece que, en definitiva, esas ciencias han perdido la gran fe en sí mismas, en su absoluta significación. El hombre moderno hoy no ve, como lo veía el 'moderno' de la época de la Ilustración, en la ciencia y en la nueva cultura por ella plasmada, la auto-objetivación de la razón humana, esto es, la función universal que la humanidad se ha creado para hacerse posible una vida de verdad satisfactoria, una vida individual y social creada por la razón práctica. Esta gran fe, en un tiempo sustitutivo de la fe religiosa, la fe en la ciencia lleva a la verdad -a un conocimiento de sí mismo, del mundo, de Dios, efectivamente racional y a través de él y a una vida siempre capaz de ser mejorada, pero digna en verdad y, desde luego, de ser vivida -ha perdido incuestionablemente su vigor en amplios círculos. Por ello se vive en un mundo que se nos ha hecho incomprensible, en el cual se preguntan las gentes en vano por su *para qué*, por su sentido, antaño tan indubitable, tan plenamente reconocido por entendimiento y voluntad.¹³

Y Ortega explica que esas ciencias, que fundamentaban la razón, son la física, las matemáticas y la lógica. Y concluye Ortega: "Se trata, en efecto, de lo que se suele llamar la crisis de los fundamentos de las ciencias."¹⁴ Tal situación, como es fácil entender, arrastra consigo todo el edificio del conocimiento, incluso el pensamiento filosófico.

Regresemos a Descartes. Ortega afirma que el filósofo francés alcanzó la certeza de su existencia mediante la duda a que sometió todo lo establecido por el conocimiento humano. Añade Ortega que la situación del hombre del siglo veinte es más difícil que la de Descartes, pues ahora hay que situarse en una posición más radical que la de él, pues si Descartes encontró base al sustentarse en la

¹³ Edmund Husserl, citado por Ortega en "La razón histórica", *Obras completas*, XII, Madrid, Revista de Occidente, 1985. p. 285.

¹⁴ *Op. cit.*, p. 287.

duda, "tenemos que retroceder más que él -añade Ortega- encontrar una base aún más firme, más amplia y con menos supuestos, esto es, nuestro nudo y mismo vivir, nuestra vida."¹⁵ Queda claro que Ortega se refiere a la vida biográfica, no a la biológica, lo que significa que se refiere a la vida vivida, a la experiencia de vivir. Curiosamente, en el texto que contiene las lecciones del curso de Lisboa no aparecen las páginas que explican lo referente a la vida vivida, según lo explica el editor del volumen último de las obras de Ortega y Gasset.

Ante la ausencia de estos textos de Ortega, nos queda la posibilidad de ver en otras partes de su obra lo que ahora nos interesa, es decir, el encontrar por qué afirma Ortega que necesitamos ubicarnos en un nivel más profundo, como lo es la vida misma. Una teoría fundamental de la obra de José Ortega y Gasset es la teoría de la razón vital. Tiene proximidad con la razón histórica, planteada y propuesta por el filósofo alemán Wilhelm Dilthey. Aclaremos que el propio Ortega afirma que por desconocimiento de las ideas de Dilthey, él llegó por su propio camino a la idea de la razón histórica, por que esta idea suya no depende de la de Dilthey, como tampoco la idea de Ortega sobre la razón vital. El tema de la razón vital campea a lo largo de toda la obra del filósofo español y uno de sus libros que maneja esta idea es *El tema de nuestro tiempo*, del año de 1923. Por imperativos de tiempo para no extendernos en esta cuestión, sólo haremos aquí referencia a las ideas manifiestas en el citado libro.

Ortega parte de la idea de que la vida humana es un proceso interno, es decir, lo esencial de la vida no viene del exterior, sino del interior mismo del hombre. Además, añade que el valor de la vida reside en sí misma, pues no se requiere de ningún contenido determinado para que tenga valor y significación. "Esta suficiencia de lo vital en el orbe de las valoraciones, la libera del servilismo en que erróneamente se le mantenía, de suerte que sólo puesto al ser-

¹⁵ *Op. cit.*, p. 298.

vicio de otra cosa parecía estimable el vivir."¹⁶ Sin necesidad de valoraciones extravitales, dice Ortega, es la vida humana la que jerarquiza los valores. Y añade otra afirmación que es importante considerar:

El descubrimiento de los valores immanentes a la vida fue en Goethe y en Nietzsche ... de la mayor trascendencia: el descubrimiento de esos valores por la sensibilidad común a toda una época: Esta época, prevista, anunciada por aquellos geniales augurios, ha llegado: es la nuestra.¹⁷

Esto lo escribe Ortega el año de 1923 y declara que es evidente la crisis que vive la civilización occidental, y la llama "desorientación vital". Sin afirmar que los valores de la cultura han muerto, Ortega declara que se ha modificado su rango, y esto ocurre porque al introducirse el vital consecuente con la vida, se modifica la jerarquía de los demás.

Así podemos entender ahora por qué Ortega y Gasset propone, veinte años después, que hay que descender hasta el propio nivel de la vida para entender el problema de nuestro tiempo, a diferencia de Descartes que para resolver el problema del suyo puso todo en duda para quedarse sólo con su pensamiento. Consecuentemente, desde el nivel de la valoración vital puede observarse la crisis de las ciencias que exponía Ortega adhiriéndose al pensamiento de Husserl, donde por necesidad se ubica también la crisis de la filosofía.

Y para abandonar las reflexiones de Ortega y Gasset del año de 1923, ocupémonos finalmente de una más, referente a la posibilidad, o imposibilidad, de predicción sobre los problemas que aquejan, globalmente, la condición de la vida humana. Ortega no consideraba aventurada la posibilidad de que el pensamiento humano se proyectara hacia el futuro para establecer los posibles rumbos de los problemas que en su momento el pensamiento es capaz de reconocer e interpretar. A partir de la idea de que la vida humana es

¹⁶José Ortega y Gasset, "El tema de nuestro tiempo", *Obras completas*, III, p. 189.

¹⁷*Ibid*, p. 192.

eminentemente psicológica, Ortega considera "que no parecerá aventurada la expresión antecedente, según la cual la ciencia histórica sólo es posible en la medida en que es posible la profecía. Cuando el sentido histórico se perfecciona, aumenta también la capacidad de previsión."

¿Será posible el futuro perfeccionamiento del sentido histórico? Esa sería la pregunta fundamental para enfrentar la comprensión de una crisis tan radical como la que apunta el pensador español. Este es quizá, utilizando el propio lenguaje de José Ortega y Gasset, el tema de nuestro tiempo.

Desde sus orígenes, la filosofía se preguntó sobre lo que es la vida. La historia del pensamiento filosófico es el testimonio de la búsqueda de las respuestas para explicar la significación y el sentido de la vida. Pero como ya vimos, son varios los saberes del hombre, incluidos los relacionados con todo lo referente a la vida humana. En consecuencia, la verdad sobre la significación de la vida puede ser tan diversa, o mejor dicho, puede referirse a tantos aspectos componentes de la vida, que resulta ser muy diferente en relación con otros problemas igualmente vitales y esenciales para el hombre. Por todo esto, el ocuparse de asuntos relacionados con lo más esencial de la vida, puede responder a necesidades diferentes y por lo mismo ofrecer una gran variedad de respuestas, correspondientes a problemas distintos. Por eso la filosofía misma, en su historia, se ocupa de tantas cuestiones y problemas humanos, pues la significación de la vida se alcanza, parcialmente, en los múltiples planteamientos trascendentales referentes a ella.

Es posible que las preguntas que constituyeron en su origen la naturaleza misma de la filosofía, no estén ahora presentes como lo estuvieron en el pasado. Sin embargo, esto no significaría, necesariamente, que la filosofía terminó y carece ahora de presencia, pues la historia misma de la filosofía es el testimonio más amplio y diverso, de cómo la reflexión filosófica ha tomado distintos rumbos, tantos como sean las preguntas y respuestas sobre la significación de la

vida, según sean los planteamientos y posiciones desde los que se interroga todo lo referente a ésta. Es posible que la búsqueda de la significación trascendental de la vida haya sido, en el origen, lo propio de eso que se llamó filosofía y que en su larga historia de siglos ha proliferado en tan diversos y amplios caminos del conocimiento, y que ahora, desde hace mucho tiempo, carezca de ella, es decir, que hoy la filosofía no se ocupe y preocupe sobre los problemas trascendentales de la vida y el hombre. Nada impide pensar que puedan volver a surgir las preguntas esenciales para el conocimiento humano, como ahora lo son las preguntas que en el pasado reciente y hasta hoy, han suscitado reflexiones de diferente valor y significación en la historia del saber humano: los problemas de la verdad, los del proceso mismo de pensar, los del lenguaje que aceptan tantas y diversas posiciones para su planteamiento, la muerte, las formas simbólicas, y tantos problemas más que apuntan hacia una verdadera pluralidad de direcciones y rumbos, tantos como pueden ser los referidos a la significación de la vida. Los saberes humanos son múltiples y diversos, y todos por igual apuntan al surgimiento de problemas en la vida permanente de la filosofía, cuya existencia quizá se agote con la del hombre. Recordemos lo que dijo el mismo Ortega y Gasset: el hombre está condenado a pensar.

Habrá quien afirme que eso ya no es filosofía, como se entendió ésta en el surgimiento del pensamiento filosófico occidental. Es posible y esto será, en todo caso, un problema más a resolver entre los muchos que todavía siguen sin respuesta.